

ITALIA: EL VACIO DEL PODER

La crisis gubernamental italiana de ahora es la número treinta desde que terminó la segunda guerra mundial. Se suele decir que este terrible desgaste de gobiernos es un cáncer típico de la democracia cuando, en realidad, es un indicio de falta de democracia real: los gobiernos no representan una mayoría básica de la nación y se produce el divorcio entre el «país legal y el país real», según la fórmula acuñada por Charles Maurras, que ciertamente la utilizaba para combatir la democracia. En realidad, los italianos contemporáneos no han tenido ocasión de conocer, en su inmensa mayoría, la verdadera democracia, a pesar de las estructuras actuales del país y de sus frecuentes convocatorias a las urnas. El fascismo es de 1922, y fue impuesto. La forma visible de democracia es de 1945, y fue igualmente impuesta. Forma parte del gran contexto europeo de la guerra fría. Los partidos comunistas habían engrosado durante la resistencia, acaparaban grandes masas. Los Estados Unidos necesitaban implantar en Europa sistemas democráticos aparentes, que fortaleciesen la sensación de que la lucha contra el nazismo hitleriano y mussoliniano había tenido un sentido en favor de una mayor libertad y de una mayor participación popular en las formas de gobierno, pero requerían que ese sistema democrático no abriese el paso al comunismo. Era preciso un sistema que abriese el paso a las mayorías políticas y al mismo tiempo se lo cerrase a la gran mayoría comunista. Desde ese mismo instante, la democracia estaba falseada. Los defensores del sistema aludían a que abrir el camino al comunismo sería otra manera de falsear la democracia parlamentaria, puesto que una vez llegado el comunismo al poder por la vía electoral cancelaría la democracia. Este dilema no ha sido resuelto aún. La nueva crisis italiana está centrada, como todas las anteriores, en el problema de la existencia de una mayoría nacional partidaria del comunismo y la necesidad de excluirla de la forma de gobierno. En las últimas elecciones, el partido comunista italiano obtuvo el 30 por ciento de los votos y colocó en la Asamblea nada menos que 177 diputados. Pero es preciso que Italia se gobierne como si esta masa no existiese.

Esta situación anómala perfora las defensas de los grandes partidos. Cada uno de ellos, incluyendo la conservadora Democracia Cristiana, contiene un ala izquierda más o menos numerosa que se muestra partidaria de una colaboración, también en mayor o menor medida, con el partido comunista. Y un ala derecha que sigue inspirada doctrinalmente en el principio básico de la posguerra, según el cual cualquier ruptura del cerco por parte del partido comunista equivaldría a un dominio total de dicho partido. Este fenómeno de las «alas izquierdas» es muy común en Europa, ahora, y obedece solamente a una parte de un movimiento más amplio: los partidos comunistas se inclinan hacia la derecha, mientras los partidos democráticos no comunistas se inclinan hacia la izquierda. No es ajeno a este movimiento el gran hecho de la política internacional: la izquierda «de conciencia» se aleja cada vez más de la hegemonía norteamericana que ha defraudado como portadora de libertad, como defensora del idealismo de propaganda de la posguerra, mientras los partidos comunistas se aburguesan a la par que lo hace la URSS, e incluso por delante de la URSS, como el propio partido italiano, hipercrítico, lo ha demostrado. En esta aproximación queda aún un largo camino, que está sujeto a los avatares de la Historia. Las «alas derechas» se encargan de alargar aún más ese camino. Además del contexto internacional, naturalmente, están los problemas nacionales naturales: En Italia, el camino del desarrollo no ha sido recorrido con el mismo paso por toda la población. La riqueza ha sido y es mal repartida. Hay grandes sectores sociales, grandes sectores geográficos, muy desfa-

vorcidos. El comunismo no se nutre generalmente de la pobreza absoluta, sino de la pobreza relativa. De la pobreza por comparación. La exclusión del comunismo de los gobiernos italianos, a partir de 1947, ha permitido que pueda ser considerado como inocente de la mala administración. Todos los demás partidos han pasado por el gobierno y pueden ser considerados por los no privilegiados como culpables de su situación de inferioridad. Se sabe que tanto en Italia como en Francia y en otros países, no todos los que votan por los comunistas lo son, sino que emiten lo que se llama votos negativos o votos de protesta: votos en contra de un sistema que no les representa, que no les atiende. La nueva tendencia a la izquierda de los partidos democráticos trata por una parte de buscar la adhesión y los votos de esos descontentos que hoy se entregan al partido comunista. Por otra, de hacer participar en algún modo al partido en la responsabilidad de la situación, que no se salva por estar fuera del círculo del poder. Por su parte, el partido comunista italiano empieza a descubrir que se cumple la ley marcusiana de que la permanencia en la oposición de una manera continua, la instalación en la oposición, ya no le evita ser acusado de pertenecer al «sistema». No basta con tener fuerza si no se puede emplear, si con ella no se



Mariano Rumor:
Llegó la crisis.

puede romper el cerco. Por eso los defraudados se manifiestan sin él. Por eso el «otoño caliente» de Italia, con bombas, manifestaciones, disturbios, huelgas y motines de todas clases, se ha realizado al margen del partido comunista. No es, hay que repetirlo, una situación esencialmente distinta de la de Francia.

Y por eso brota, con gran fuerza, el sindicalismo. En Italia se dice que hay un vacío en el poder. El sindicalismo tiende a llenar ese vacío. Desde hace siglos se sostiene la ficción de que el sindicalismo no es una fuerza política, como si la relación trabajo-capital no fuese esencialmente política. En Italia hay tres centrales sindicales importantes y cada una de ellas está adscrita a un partido político. La C. I. S. L. corresponde a la democracia cristiana, y contiene millón y medio de afiliados; la U. I. L. corresponde a los partidos socialistas y en general democráticos, y está formada por unos ochocientos mil afiliados. La más numerosa es la C. G. I. L., afín al partido comunista, con dos millones y medio de afiliados. Entre los miembros de estas tres grandes agrupaciones de trabajadores hay mucha más tendencia a la unidad —lo que

EN PUNTO

en la jerga política se llama «la unidad por la base»— que en los partidos en que se amparan. Los movimientos de reivindicación, las protestas, las huelgas, se están realizando ahora mediante acuerdos comunes. La única exclusión de este gran grupo sindical es la de la C. I. S. N. A. L., que agrupa casi medio millón de obreros, y que está controlada por el Movimiento Social Italiano, de carácter fascista o neofascista —si es que hay diferencias—. La negativa de las otras centrales a admitir a los fascistas se basa en el concepto sindical de ese movimiento, basado en el corporativismo, que consideran contrario a los intereses de los trabajadores. Los sindicatos han basado su unidad de acción en reivindicaciones que están por encima de las clásicas demandas de salarios. Elaboran en conjunto un plan de reformas sociales y tratan de que sea aceptado utilizando su propia fuerza como masa trabajadora, fuera de los vehículos tradicionales de acción política. Están estudiando la decisión conjunta de que los sindicalistas —los que ejercen cargos de responsabilidad y dirección— rechacen cualquier cargo político, incluyendo el de miembro del Parlamento. De hecho, los sindicalistas de cualquier central que eran ya diputados han dimitido de este último cargo. Esta situación que arranca preocupa indudablemente a los industriales, a los grupos oligárquicos de presión, pero preocupa también a los partidos políticos. Se ven desbordados. La forma forzada de democracia en que se mueven no les permite ir más lejos: los sindicatos les ganan el terreno. Un jefe sindical católico, de Milán, ha declarado que los trabajadores «no quieren continuar hablando de fútbol como válvula de escape a sus problemas; pretenden hablar directamente de estos problemas que emanan de su condición de trabajadores y ciudadanos». Con más entidad, las direcciones de las tres grandes centrales sindicales han firmado una carta conjunta dirigida al Presidente de la República, Saragat, acusando a los políticos de una maniobra de envargadura contra el sindicalismo. Una maniobra de represión política. Las bombas de Milán sirvieron para una campaña de «Ley y orden», bien sostenida por una opinión pública sensible a la catástrofe. La serie de rumores sobre posibles golpes de estado de la izquierda y de la derecha, la ampliación sobre un posible «complot de coroneles», fomentado desde Grecia; la aparición del terrorismo, parecieron adecuados, sino provocados, para la campaña de «Ley y orden», basada en un refuerzo de Policía y poderes judiciales represivos. Los sindicatos insisten en que fueron utilizados por el Gobierno para «iniciar una psicosis de intimidación» mediante la «tendencia evidente de represión generalizada», acusaban «las responsabilidades concretas de los industriales» y, en resumen, explicaban que se trataba de una campaña para acabar con la nueva fuerza sindical.

Si el gobierno «monocolor» de Mariano Rumor, apoyado por la democracia cristiana exclusivamente, creyó que podría utilizar esa campaña de «Ley y orden» para sobrevivir, se equivocó. Por el contrario, no podía aguantar por sí solo la responsabilidad de la situación. Únicamente consiguió aplazar la crisis. Pero la crisis, finalmente, ha llegado. Busca ahora el «cuadripartismo», el regreso a la fórmula de la «apertura a la izquierda». Democracia cristiana, socialistas, social demócratas y republicanos volverán, sin duda, a unirse al final de esta crisis, muy probablemente bajo el mismo Mariano Rumor. Ahora está jugando la estrategia y la técnica de los partidos en la atribución de las carteras, y también la pequeña picaresca política. Se trata de elaborar un programa de reformas que aplaque a los sindicalistas, que recupere votos de los comunistas y que obtenga la resignación de los grandes industriales. Las diferencias doctrinales y de intereses entre los cuatro partidos son fuertes. El compromiso que tratan de adoptar, precario. Su alianza, débil. Es de temer que siga habiendo un vacío del poder y los grandes problemas queden sin solución inmediata.

-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-



● Mikis Teodorakis, el compositor griego que se encuentra encarcelado, ha sido mostrado de lejos a los periodistas extranjeros, ya que se rumoreaba que está enfermo. Por los mismos días, el presidente de un Tribunal militar aseguraba: «Los derechos humanos no nos interesan».

● Cuarenta y ocho horas antes de morir, Bertrand Russell había condenado los raids aéreos israelitas sobre El Cairo. «La conducta de Israel es imperdonable, e invocar los horrores del pasado para justificar el terror del presente es una grosera hipocresía», escribió a la conferencia reunida en El Cairo.

● Según una reciente encuesta, el apoyo de la opinión pública francesa a Israel ha bajado desde un 68 por ciento en septiembre de 1967 a un 33 por ciento en la actualidad.

● El órgano del comité central del partido comunista rumano «Lucha de clase», ataca la tesis según la cual un país o un partido se erijan en guardianes supremos del marxismo-leninismo o mantengan un papel de «guía».

● En Gran Bretaña se ha autorizado el aumento del precio de los periódicos, para conseguir una relativa independencia de la publicidad, que representa entre el 38 y el 72 por ciento de los ingresos.

● Los Estados Unidos deben ser para el resto del mundo «un ejemplo de leadership espiritual y de idealismo», ha declarado Nixon.

● Según el general Westmoreland, los Estados Unidos deberán mantener efectivos militares en Vietnam durante muchos años aún. Añadió que él nunca había previsto «una victoria militar», en el sentido clásico del término.

● El viejo sueño del magnate de la prensa alemana federal, Axel Springer, de controlar también los medios audiovisuales ha suscitado movimientos defensivos en círculos social-demócratas, ya que algunas personalidades de este partido estaban haciéndole el juego, según «Der Spiegel».

● El 80 por ciento de los electores de la República Federal Alemana están satisfechos con los cien primeros días de la coalición gubernamental (socialdemócratas y liberales).

● El Presidente yugoslavo Tito visitará la joven República Árabe Libia, la próxima semana.



X-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-